NI *Hitler* NI *Churchill*

(Viene da la pág. 1)

1911—que eran augurio de la guerra que se avecinaba y para cuyo desencadenamiento el asesinato del archiduque austriaco en Sarayejo fué tan sólo el pretexto inmediato. Igualmente, aunque con mucho mayor intensidad, apenas diez años después de firmado el armisticio, surgió una serie de factores y se plantearon numerosos conflictos que permitían augurar un nuevo desenlace violento. La crisis iniciada en 1929 produjo un caos monetario y arancelario en el mundo entero; se impusieron numerosas restricciones a la producción; descendió catastróficamente el nivel del comercio internacional; se establecieron medidas que significaban una verdadera guerra económica entre los diversos países, y se implantaron drásticas medidas tendientes al aislamiento y a la auto-suficiencia. Simultáneamente, las instituciones creadas para la conservación de la paz, los pactos internacionales, las bendiciones pontificias, y las negociaciones de desarme, fracasaban estrepitosamente en sus propósitos, surgiendo una sucesión ininterrumpida de conflictos diplomáticos, dando lugar, cada uno de ellos, a nuevas y más graves dificultades. Al mismo tiempo, en el seno de cada país, se multiplicaban las luchas internas, llegándose en algunos casos a la guerra civil, con lo cual se agudizaban los antagonismos internacionales.

La expansión de la capacidad productiva que los adelantos técnicos logrados durante los últimos años permite, excede considerablemente al aumento que registra la población mundial. El argumento que ciertos sectores aducen, en el sentido de que las causas de las dificultades provienen de una sobrepoblación, carece de todo sentido y queda refutado contundentemente a la luz de los datos oficiales de que se dispone para determinar el monto de los inagotables recursos naturales del mundo y las posibilidades técnicas que ya existen para la explotación de esos recursos. El desarrollo de las fuerzas productivas excede considerablemente al aumento de la población mundial, y existen en potencia las condiciones necesarias para asegurar a cada uno de los habitantes del globo la satisfacción de sus necesidades vitales; pero son las relaciones sociales existentes en cada país y en escala internacional, las que impiden la realización de esa posibilidad.

El mundo se halla dividido en más de sesenta países, nominalmente soberanos e independientes, pero son cinco o seis grandes potencias las que en realidad trazan el curso de la política internacional y que en la práctica no reconocen ningún derecho superior a los intereses de sus gobernantes. Las relaciones entre esas grandes potencias son de conflicto incesante, que normalmente se encubre con los velos de la diplomacia, pero que a al postre culmina necesariamente en el choque armado. Es por ello que el panorama mundial, durante todo el curso del siglo XX, ha sido de desorganización, de caos que se deriva de las rivalidades entre los grandes monopolios de las distintas potencias, y de las ambiciones de control que guardan los imperialismos enemigos con respecto a los países coloniales y semi-coloniales. Esa desorganización existía con anterioridad a 1914, sin que la paz de 1918 hubiese resuelto ninguno de los problemas básicos, y ni los propósitos de Hitler ni de Churchill ofrecen ninguna solución a esos problemas. Creer en la paz mientras subsista un sistema definido por las ambiciones de grupos monopolistas rivales, en cuyas luchas se ven arrastradas naciones enteras, podrá ser un buen deseo, pero nunca una posibilidad.

FALSOS OBJETIVOS

Cuando Hitler afirma que su lucha es una lucha por la liberación del pueblo alemán y en contra de los intereses del dinero, Hitler falsea la verdad. Resulta imposible aceptar que un hombre que ordenó el asesinato de millares de socialistas, que destruyó a las organizaciones obreras, que expulsó de su patria a incontables hombres de ciencia, que aherrojó a todo el pueblo alemán, y que durante más de cinco años cometió depredación tras depredación en el campo internacional, pretenda ahora ostentarse como caudillo de una "guerra socialista" que dice llevar a cabo contra las "plutocracias democráticas", y como exponentes de las fuerzas creadoras de Alemania. Nadie debe cifrar esperanzas para el futuro de la humanidad en el triunfo del sistema nazi, que invalidó toda medida tendiente a mejorar las condiciones de vida del pueblo alemán y cuya línea de acción ha consistido en todo momento en fortalecer a los grandes monopolios y en crear las condiciones necesarias para lograr la expansión del imperialismo germano.

Por otra parte, sería también un grave error pensar que el triunfo de los actuales gobernantes de Inglaterra pueda significar el establecimiento de una paz justa y definitiva, y la solución de las contradicciones medulares de nuestra época. Hasta estos momentos Winston Churchill, a pesar de diversas interpelaciones que le han sido hechas en el Parlamento, se ha rehusado sistemáticamente a hacer una declaración categórica de las finalidades concretas que Inglaterra persigue en esta guerra. Es evidente que ninguna de las medidas adoptadas por la clase gobernante británica con anterioridad a la iniciación del conflicto corresponden a la teoría, propalada por los propagandistas anglo-americanófilos, de que la Gran Bretaña combate por la libertad y por la independencia y el derecho de auto-determinación de los países débiles. Tan nobles objetivos en manera alguna se compaginan con los derroteros de franca colaboración hacia el fascismo italo-germano-nipón, que los gobernantes ingleses siguieron en los casos de China, de Albania, de Austria, de España y de Checoeslovaquia. Y tampoco concuerdan esos principios con la actitud asumida por el gobierno inglés frente al movimiento de independencia, fundado en el principio de la auto-determinación, que ha cundido en sus propias colonias africanas y asiáticas.

Carece también de todo sentido la afirmación de que el gobierno inglés lucha por poner fin a la existencia del régimen de terror impuesto por el fascismo en la propia Alemania. Ese régimen de terror y de crimen data de 1933, y el gobierno británico no sólo se abstuvo siempre de anatematizarlo, sino que le prestó todo su apoyo, y todavía el 28 de agosto de 1939, seis días antes de romperse las hostilidades, el embajador Neville Henderson manifestaba a Hitler que su gobierno estaba dispuesto a desarrollar una política de amistad con el Tercer Reich, siempre que el **Fuehrer** se manifestase dispuesto a cooperar con Downing Street. Este hecho revela que hasta el último momento el gobierno británico no tenía ninguna objeción que hacer a los crímenes cometidos por Hitler y que lo único que solicitaba era la cooperación de quien, hasta ahora, la prensa oficial inglesa pinta como el más monstruoso de los asesinos. La declaración hecha por el embajador Henderson demuestra que Downing Street resolvió declarar la guerra a Hitler sólo hasta el momento en que éste se rehusó a seguir prestando una cooperación. ¿Cuál era esa cooperación solicitada y esperada? La respuesta a esta pregunta ofrece la única clave explicativa de las causas del conflicto y de los objetivos que en él se persiguen.

Desde el advenimiento de Hitler al poder, los gobernantes conservadores británicos, según declaraciones hechas nada menos que por Lloyd George, le proporcionaron toda clase de ayuda para crear la formidable maquinaria guerrera germana, fiados en las repetidas promesas y afirmaciones públicas de Hitler en el sentido de que el rearme de Alemania tenía como exclusivo propósito el de convertirla en baluarte contra el "bolchevismo" en Europa, y a la postre en ariete contra la Unión Soviética. Esa, y sólo esa, era la cooperación exigida por los gobernantes ingleses, que, confiados en que la agresividad expansionista del imperialismo alemán se encauzaría hacia el Este, permitieron a Hitler adquirir el dominio de la Europa Central, y, conjuntamente con el fascismo italiano, de la península ibérica. Cabe citar a este respecto la autorizada opinión del capitán Liddell Hart, uno de los críticos militares ingleses de mayor prestigio, que el 14 de diciembre último se expresó en los siguientes términos: "Cuando comenzó la guerra civil en España, los" "aliados, en vez de intervenir enérgicamente para" "restablecer el orden y fomentar la prosperidad, se" "contentaron con abandonar la iniciativa al ene-" "migo en perspectiva, y adoptaron una política hi-" "pócrita de 'no intervención con intervención', de-" "jando que el Eje se burlara de nuestro poderío" "naval y sometiera a España, permitiendo que un" "sector enemigo tradicionalmente de nuestro go-" "biernos se apoderase del país. Esa nueva posi-" "ción del Eje en la espalda de Francia debilitó su" "resistencia moral, dificultó la movilización gene-" "ral, y preparó el camino para la capitulación hu-" "millante de junio. Otro de los puntos que yo reco-" "mendé era el de que la seguridad colectiva ex-" "tendida a la Europa Oriental, sería posible sola-" "mente con la colaboración rusa. En lugar de aten-" "der a esta parte vital de nuestra defensa, nuestro" "gobierno, sin intentar atraerse a Rusia, extendió" "garantías a Polonia y Rumania, cuyas situacio-" "nes aisladas hacían imposible nuestra garantía." "Rechazando con soberbia la ayuda que ofrecía" "Rusia, antes del pacto de Munich, nuestros go-" "biernos entraron en arreglos con naciones aisla-" "das, y al mismo tiempo fortalecieron el prestigio" "de Hitler y le permitieron apoderarse de las sec-" "ciones más estratégicas de la Europa Central".

No fueron, pues, ni la defensa de los países, ni los atropellos cometidos por el Eje, ni los crímenes de Hitler, los que determinaron la declaración de guerra de Londres y París. Las atrocidades de Hitler y Mussolini, dentro y fuera de sus respectivos países, formaban en realidad parte de la cooperación deseada por los conservadores anglo-franceses, consistente en reprimir los movimientos populares de Europa y en preparar el camino para la expansión del imperialismo alemán hacia el Este. La invasión de Polonia, por sí sola, habría sido vista por Downing Street y por el Quai d'Orsay con tan buenos ojos como lo fué la ocupación de Checoeslovaquia, pues para marchar hacia el Este las tropas alemanas tenían que cruzar necesariamente el territorio polaco. Pero el hecho de que el ataque contra Polonia se hubiera realizado después de firmado el pacto de no-agresión entre Alemania y Rusia, modificó drásticamente la posición de los gobiernos de Inglaterra y Francia. La firma del pacto de no-agresión propuesto por el Tercer Reich demostró fuera de toda duda que Hitler no estaba dispuesto a marchar hacia el Este, o dicho sea en otras palabras, que *no estaba ya dispuesto a seguir cooperando con* París y Londres. Siendo ese el caso, era a todas luces evidente que toda expansión futura del poderío nazi amenazaba directa y necesariamente los intereses del Imperio Británico. La declaración de guerra de un imperialismo a otro era el único camino posible en tales circunstancias.

MOVILES REALES

Las consideraciones anteriores nos permiten afirmar que el actual conflicto no es sino la continuación de la guerra de 1914. La fase preliminar de la lucha, o sea la pugna por la hegemonía de una sola potencia sobre el continente europeo, fase en que durante la guerra de 1914-18 Alemania resultó derrotada, fue reanudada en 1939, habiendo culminado en esta ocasión con el derrumbamiento de Francia. Ahora, en una segunda fase a la que no se llegó en la ocasión anterior, Alemania se enfrenta directamente con Inglaterra, que cuenta con el apoyo, cada momento más resuelto, del gobierno norteamericano, para llevar a efecto una nueva repartición del mundo.

¿Es este un asunto, cabe preguntar, en el que se ventilen y hayan de resolverse favorablemente los intereses vitales de los pueblos del mundo? ¿El triunfo de Hitler —o el de Churchill— eliminará acaso las causas que dieron lugar a la guerra de 14, a la crisis de 1929, a las convulsiones políticas del período 1933-38? ¿Es esta una disputa, cuya decisión, en uno u otro sentido, pueda beneficiar en algo a la humanidad, dar a los hombres un mayor grado de bienestar? La contestación sólo puede ser un NO categórico y rotundo.

La guerra de 1914 se hizo, ostensiblemente, por parte de los aliados, con el propósito de poner fin para siempre a la guerra. Se hizo creer a los pueblos que la derrota de Guillermo II produciría una era de prosperidad, de democracia y de paz, y por ese ideal sacrificaron sus vidas millones de seres humanos. Pero todos sabemos ya que lo que en realidad resultó del Tratado de Versalles fue la aparición del fascismo en diversos países, el azote de la más terrible de las crisis, y el desencadenamiento de una nueva guerra. Los efectos habrían sido fundamentalmente los mismos, tan sólo con variantes de tiempo y lugar, si la victoria hubiese correspondido a Alemania. Ahora tampoco es posible aceptar la tesis de que el triunfo de cualquiera de los adversarios podrá significar un augurio de paz y justicia. En tales condiciones, el dilema que la humanidad tiene ante sí no debe plantearse con la disyuntiva: Hitler o Churchill. Y mientras más grandes sean los esfuerzos que desarrollen los sectores interesados en obscurecer el problema, y en crear odios artificiales entre los pueblos, mayor es el deber que tiene todo hombre honrado de exponer la verdad a voz en cuello y en todo instante.

EL PUEBLO ABRE LOS OJOS

Y es esta una verdad que gradualmente se infiltra ya en la conciencia popular. Vale la pena, para corroborar este aserto, transcribir aquí algunos párrafos de un artículo escrito en Londres y publicado en el "New York Times" de diciembre último: "No cabe duda que se está ope-"rando el despertar de la conciencia del pueblo "de la Gran Bretaña. Las bombas alemanas han "sacudido los más hondos cimientos de la socie-"dad. Muchos viejos hábitos, tradiciones y prejui-"cios se han derrumbado; muchos falsos valores "han venido por tierra. El pueblo inglés piensa "en términos de nuevos problemas y se plantea "nuevas esperanzas. El bombardeo de millares de "habitaciones obreras; la intervención de hombres "nuevos y de métodos nuevos en la técnica de la "industria gubernamental; la evacuación de cen-"tenares de miles de personas de las ciudades a "las regiones rurales, y otros factores, han susci-"tado una interrogación constructiva con respec-"to a la sociedad moderna en que vivimos. Las "gentes se dan cuenta de que cuando la guerra "termine, tendrán que principiar a llevar a cabo, "no sólo una reconstrucción de casas, fábricas y "carreteras destruídas, sino también que estable-"cer un nuevo sistema social, económico y finan-"ciero que no pueda desquiciarse nuevamente.... "A pesar de las frases de incienso que los gober-"nantes ingleses queman en el altar de la pala-"bra **libertad**, lo que el pueblo inglés desea es **se-"guridad.** Y para obtener esa seguridad, tal como "los socialistas desean, se tendrá que hacer uso "de la riqueza del país. Probablemente se nacio-"nalizarán fábricas y ferrocarriles, y probablemen-"te será eliminado el viejo sistema de monopolios "en los servicios públicos." El despertar que describe el "New York Times" (existen multitud de datos que lo demuestran), no se halla limitado a Inglaterra, sino que principia a cundir en toda Europa, inclusive en la propia Alemania, a pesar de las victorias militares logradas por Hitler.

EL CONFLICTO Y MEXICO

Con la interdependencia actual del mundo es imposible que exista país alguno, en el que puedan pasar inadvertidas las repercusiones presentes y futuras del conflicto.

Según opinión del capitán Eddie Rickenbacker, magnate norteamericano presidente de la "Eastern Air Lines", expresada al llegar hace unos cuantos días a la ciudad de México: "Los Estados Unidos se hallarán en guerra para el verano de 1941, **toda la América tendrá que hacer grandes sacrificios que nunca había soñado hacer".** Por otra parte, el cable nos informa que el gobierno de Quito acaba de decretar la enseñanza obligatoria del inglés entre los soldados, a fin de que el ejército del Ecuador, en el menor plazo posible, esté en condiciones de ponerse bajo las órdenes de los oficiales del ejército norteamericano. Ante semejantes perspectivas **COMBATE** levanta un enérgico grito de protesta. Ni nuestro país, ni ningún país de la América Latina, debe convertirse en cómplice o en instrumento de cualquiera de los bandos que ensangrientan nuevamente al mundo. Nada menos que el Comité de Asuntos Militares del Senado de los Estados Unidos redactó hace varios meses un documento, en el que después de analizar el problema desde un punto de vista estratégico, llegaba a la conclusión de que los Estados Unidos no podían ser objeto de ninguna invasión. Si a pesar de ese hecho, el gobierno norteamericano, por determinados motivos, resuelve ir a la guerra, es indudable que las naciones de América, y principalmente México, serán presionados para que hagan su aportación de riqueza, y posiblemente de sangre; en otras palabras, repitiendo la frase de Rickenbacker, para que hagan **grandes sacrificios que nunca habían soñado hacer.** Nuestro gobierno, contando como indiscutiblemente contaría, llegado el momento, con el sólido respaldo de las masas populares, puede y debe hacer la defensa, firme y serena, de los intereses del pueblo mexicano. Nada tiene que ganar el pueblo de México con el triunfo de Hitler o el de Churchill; nuestro pueblo no abriga ningún sentimiento de odio hacia los pueblos de Alemania y de Inglaterra, de Francia y de Italia; no hay razón ninguna para que en esta lucha perezca un solo mexicano en los campos de batalla europeos, ni para que sacrifiquemos un milímetro de nuestra soberanía. Nuestra actitud en todo momento debe ser de neutralidad y nuestra única esperanza con respecto al conflicto europeo debe cifrarse en que independientemente de la voluntad de los gobernantes en pugna, la acción de los pueblos, de quienes sufren y mueren, logre a la postre prevalecer y haga imposible el desencadenamiento de nuevas crisis y conflictos.

LA LAGUNA

(Viene de la pág. 4)

a los ejidatarios laguneros, dando el nombre de Sociedades Colectivas de Crédito Ejidal a la asociación cooperativa para trabajar en común las unidades del sistema de riego que impone el régimen de El Nazas. No es ocasión de analizar los resultados de este esfuerzo, pero sí inaplazable señalar que la escasez en las avenidas de este año, exije, además de tomar las medidas de emergencia indispensables y ayudar a los ejidatarios, estudiar y con toda oportunidad resolver la situación en el futuro.

La superficie promedio regable en la comarca, con las aguas de El Nazas y con el alumbramiento de las subterráneas, ha sido de ciento veintiséis mil hs., en los últimos catorce años, de 1926 a 1939. Una vez regularizado el río, es decir, concluídas las obras de almacenamiento de El Palmito, la superficie total regable, por gravedad y por bombeo de aguas subterráneas, será, cuando más, de ciento sesenta mil hs., según estimaciones calculadas teniendo en cuenta los datos de un período de cuarenta años, comprendido de 1899 a 1938, los coeficientes de riego y la experiencia en otros sistemas del país y extranjeros. Como los ejidatarios fueron dotados con ciento cincuenta y tres mil hs. con derecho a riego y la propiedad privada con iguales derechos abarca setenta y un mil hs., habrá siempre un deficiente en los recursos hidráulicos del sistema, la imposibilidad de cultivar la extensión total antes citada y, como *consecuencia, un excedente de población agrícola*, agravado este año por las mínimas crecientes. De un estudio reciente "La Comarca Lagunera", realizado y publicado por la Liga de Agrónomos Socialistas, hemos tomado los datos anteriores y, el mismo estudio, registra que el número de usuarios de agua es de 39,139 ejidatarios y 2,000 pequeños propietarios (usamos esta última expresión de acuerdo con la terminología del Código Agrario).

Es evidente, por los datos anteriores, que las posibilidades de riego en La Laguna son menores que las consideradas al fijar las dotaciones y la propiedad privada; que, a pesar de que no existan las condiciones extraordinarias de escasez del presente año, habrá siempre en el futuro un excedente de terrenos con derecho al aprovechamiento del agua y, como consecuencia, conflictos entre los usuarios, las pugnas de antaño. La legislación vigente de aguas señala en su articulado un orden de preferencia para el suministro del agua en casos de escasez, poniendo en primer término a los ejidatarios y propietarios de menos de 20 hs., una vez que hayan sido satisfechos los usos públicos del agua; pero en La Laguna, igual que en todas partes, esto determina inconformidades y conflictos, lucha de intereses irreconciliables, que el Estado tiene obligación de resolver. En el caso que comentamos, de acuerdo con la ley y la conveniencia, debe darse preferencia a los ejidatarios, pero insistimos en señalar que es urgente definir la situación para el futuro, conocer las posibilidades del sistema de riego al terminarse la presa de El Palmito y administrar y regular el uso del agua, racionalmente, de acuerdo con una elemental economía, para asegurar un mínimo permanente de superficie cultivada. No vaya a repetirse el fracaso de la presa de Don Martín, del Distrito de Riego Núm. 4, donde se hizo uso del agua, al terminarse la obra, sin cálculos ni siquiera aproximados de los recursos hidráulicos, con cuentas alegres sobre las posibilidades del sistema hasta abarcar más de 40,000 hs. y el resultado, de que al presentarse una sequía, los deficientes en los almacenamientos, fué imposible conjurar el peligro de la falta absoluta de agua.

La ocasión presente debe servir en La Laguna para revisar la situación y reajustar el área de cultivo, la extensión de la propiedad privada, el número de ejidatarios, a las posibilidades futuras de riego, al propósito firme de fincar allí una población campesina floreciente, no mantener a los ejidatarios en las condiciones en que vivían cuando eran peones acasillados. Una obra agraria de las más importantes, **muy mexicana**, para demostrar que el ejido sí sirve para conquistar el bienestar del campesino, cuando se le dota con tierras fértiles suficientes, de cultivo asegurado, no fracciones de hectáreas de terrenos de temporal en lugares montañosos, incomunicados, pobres y desamparados.

Lo anterior ha de imponer, sin duda alguna, *la necesidad de ajustar la población a los recursos* en tierras de cultivo que absorben la capacidad total de trabajo de los ejidatarios, es decir, a desplazar los excedentes a otros lugares, a disminuir la extensión de la propiedad inafectable. No hay razón válida alguna para que en una región agrícola de condiciones homogéneas como La Laguna, donde el Estado hace enormes sacrificios en dinero para asegurar el riego, haya llamados pequeños propietarios hasta de 150 hs., cuando los ejidatarios aprovechan una extensión que distribuída individualmente equivale a escasas cuatro hectáreas. Y si con la experiencia y los estudios se demuestra que los recursos no bastan para la densidad actual de población, allí están los nuevos proyectos de riego, reservas de la nación, para colocar a los que sobran. En el Bajo Río Bravo, en el Distrito de Riego del río San Juan, en el delta del Colorado, en donde quiera que haya tierras suficientes de cultivo, hay que acomodar a la población ejidal excedente, hasta lograr el propósito final de que no haya campesino mexicano que carezca del medio donde aplicar su fuerza de trabajo.

Urge, pues, dedicar atención a La Laguna, atender las demandas de los ejidatarios, salvar la crisis actua que se presenta, violentar las obras de El Palmito y que el Banco Ejidal, con la más certera atingencia, refuerce el crédito y la explotación de los terrenos. Cuando crisis semejantes se presentaban en tiempos del latifundismo, los bancos privados salvaban con el crédito a los propietarios. Ahora, es DEBER del Estado SALVAR a los ejidatarios.